

estar en una de las regiones más favorecidas de su propio país, ya altamente favorecido. Campos de trigo, tierras cubiertas de bosque, praderas de trébol y esmaltadas de margaritas, cubren de modo suave las márgenes de Boyne.»

Macaulay pasó dos días en Londonderry y ocupó deliciosamente cada uno de sus minutos. Penetraba en todos los rincones donde se conservaba todavía algún vestigio del pasado, preguntando á cada uno de los habitantes que tenía conocimiento de alguna tradición. Recorrió los suburbios, bosquejó un plano de las calles; solo ó acompañado recorrió cuatro veces las murallas de la ciudad para hacer lo que Thucídides había hecho con Platea. Algunos extractos de las voluminosas relaciones de aquellos dos días, pueden dar idea de lo que Macaulay entendía al decir que había visto una ciudad.

Agosto 31, 1849.—Entrego una tarjeta al capitán Leach de la Inspección de ordenanza, y luego anduvo errante alrededor de las murallas y vió la catedral. Ha sido despojada de su carácter por los arquitectos que trataron de imitar el estilo gótico sin conocer lo que tenían á su alrededor (1). El coro, no obstante, es hermoso é interesante. Vino Leach, un oficial joven y amable, por lo que yo puedo juzgar. Doy con él una vuelta alrededor de la muralla nuevamente. El circuito es corto, puede recorrerse, me parece, en veinte minutos. Luego vamos en un coche, cruzamos el puen-

(1) Sobre la parte más alta del terreno se asienta la catedral, una iglesia que, aunque erigida cuando se había perdido ya el secreto del arte gótico, y aunque de malas condiciones para sostener una comparación con los templos respetables de la Edad Media, no deja de tener gracia y dignidad. *Historia de Inglaterra* por Macaulay, cap. XII.

te de madera, y damos un vistazo á la ciudad desde la orilla opuesta. La columna de Walker (1) está bien colocada y no es despreciable. El honrado predicador, con su aspecto espiritual, está en la cima, arregando con vehemencia y hace una figura bastante aceptable. Luego cruzamos de nuevo el río y fuimos á la sala de Botalón, llamada así á causa de uno memorable. La señora de la casa, una señora muy atenta, vino á recibirnos y funcionó de cicerone. Nos dirigimos hacia la verdadera punta donde sujeta realmente el Botalón. Está asegurado mediante una cadena que se sujeta en la tierra de la orilla, atada á una inmensa piedra. Nuestra hospitalaria guía quiso insistir en que su anillo de hierro fijo en una de las rocas había sido parte del aparato para asegurar el botalón. Me pareció un poco dudoso, pero mis dudas se trocaron bien pronto en certidumbre, porque al levantar la vista, unas cincuenta yardas más arriba, vi otro anillo asegurado á otra roca. No dije nada á la buena señora de lo que pensaba, pero tan pronto como nos hubo dejado, dije á Leach que estos anillos estaban evidentemente puestos allí con el mismo objeto de amarrar navíos. Convino conmigo y pareció admirar mi sagaz incredulidad una gran parte más de lo que merecía.»

Sábado 1.º de Septiembre.—Tan pronto como me

(1) «Una columna alta, que se levanta desde un bastión que resistió durante muchas semanas el esforzado fuego del enemigo, se ve á lo lejos. En lo alto está la estatua de Walker, tal como se hallaba en el último y más terrible aprieto, dando vida con su elocuencia el desmayado valor de sus hermanos. En una mano tiene la Biblia, y con la otra, que apunta hacia el río, parece dirigir la vista de su hambriento auditorio hacia las puntas de los palos de los navíos ingleses surtos en la bahía distante.»

había desayunado vino sir R. Fergusson, y paseó alrededor de las murallas conmigo. Luego me llevó á la sala de lectura, donde encontré al capitán Leach y á Mr. Gilmour, gran personaje de la localidad. Vinieron á pasearse conmigo otra vez alrededor de las murallas, con lo que las hice mi cuarta visita. Los bastiones están transformados en jardines; las antiguas piezas de artillería yacen entre las flores y los arbustos: antiguos cañones extranjeros del tiempo de Isabel y Carlos I; Roaring Meg, un regalo de los pescaderos con la fecha 1642; otra pieza de la misma fecha dada por los vinateros, y otra por los sastres. Los ciudadanos son en más alto grado celosos de la integridad de estas murallas (1). No puede proponerse ninguna mejora en la ciudad que las desfigure en lo más mínimo sin levantar una tempestad; y yo no los vitupero por esto. Cada piedra tiene algún hecho ó por lo menos alguna leyenda que se relaciona con ella. No encontré dificultad alguna en separar aquéllos de éstas. El cuadro del conjunto está grabado en mi mente y no necesito encomiar la ventaja, que esto es para trasladar aquel plano al papel.»

(1) Las murallas están cuidadosamente conservadas; ningún argumento de salud ó conveniencia creen aquellos habitantes suficiente para justificar la demolición de aquel cercado sagrado que, en los tiempos de peligro, dió refugio á su raza y á su religión. Es imposible no respetar el sentimiento indicado por estos vestigios. Es un sentimiento que pertenece á la parte más elevada y pura de la naturaleza humana y que añade más de su título á la fortaleza de los Estados. Un pueblo que no se enorgullece de los nobles hechos de sus remotos antecesores no puede jamás llevar á cabo nada digno de ser recordado por sus descendientes. Es imposible para el moralista ó el hombre de Estado ver sin la más pura complacencia las solemnidades con que Londonderry conmemora su libertad, y los honores que tributa á aquellos que la salvaron.

Con efecto, llegó á conseguir trasladarlos al papel, cuando ocupado en su Historia, una vez abandonada la fácil aunque azarosa carrera de revistero literario conservaba tales materiales según los había ido recogiendo por diversas partes, en los anaqueles de su librería en lugar de haberlos confiado tan sólo á su memoria. Los frutos de muchas largas horas pasadas entre los armarios de libros Pepysianos, los manuscritos de Althorp, ó los archivos de la guerra francesa, están guardados en una multitud de cuadernos de bolsillo de todas las formas y colores posibles. De éstos una docena se conservan todavía dispuestos á ser utilizados por alguno entre los remotos herederos de Macaulay que pueda hallarse tentado á cometer la deslealtad póstuma de publicar el libro de los lugares comunes de un gran escritor.

Su laboriosidad tuvo su premio. La extensión y exactitud de sus conocimientos le valieron las alabanzas de los eruditos y escritores que habían trabajado sobre el mismo asunto antes que él. Cada uno, en su propio terreno particular, reconoce el gran mérito del trabajo de Macaulay; y no hay testimonio tan valioso como la alabanza de un especialista ilustrado. Alabanzas tales han sido dadas por Mr. Bagehot, el editor del *Economist* en aquel delicioso tratado que hizo bajo el nombre de *Lombardo Street*. Comienza una importante sección del libro con un párrafo en que, excepto para su modestia, estoy poco inclinado á encontrar una falta. «El origen del Banco de Inglaterra ha sido contado por Macaulay, y no es nunca prudente en un escritor ordinario contar de nuevo lo que ha sido dicho mucho mejor», y Mr. Buckle, que estuvo tan bien impuesto de las costumbres sociales de nuestros antecesores como Mr. Bagehot lo estaba

de su hacienda, añade la siguiente nota al que es quizá el capítulo más interesante en su *Historia de la civilización*: «Todo lo que ha dicho Mr. Macaulay acerca del vilipendio en que cayó el clero en el reinado de Carlos II, es perfectamente exacto (1), y de la evidencia que yo he alcanzado, conozco que este muy hábil escritor, de cuyas numerosas investigaciones muy pocas gentes son competentes para juzgar, más bien se ha quedado corto que se ha excedido. En diversos asuntos acaso yo difiera de Mr. Macaulay; pero no puedo menos de expresar mi admiración por su infatigable diligencia, por la consumada habilidad con que disponía sus materiales, y por el noble amor á la libertad que anima su trabajo todo entero. Son estas cualidades que sobrevivirán largo tiempo á las difamaciones de sus mezquinos detractores—hombres que, en punto á conocimientos y habilidad, son indignos para desatar la cinta de los zapatos de aquel á quien tan tontamente atacan.»

El principal secreto del éxito de Macaulay descansa en que á su extraordinaria facilidad unía paciencia, minuciosidad y diligencia persistente. Conocía bien, como Chaucer conoció antes que él, que

No hay hombre de trabajo
Que pueda trabajar á la vez bien y deprisa.

Algunas cosas pueden ser hechas en los ociosos perfectamente. Si su método de trabajar se pusiera en

(1) «Haré pronto la parte eclesiástica de mi narración. Algunas gentes acaso se imaginen que infiero demasiado de indicaciones ligeras; pero nadie que no haya empapado su inteligencia en la literatura de aquellos días, tiene realmente título para juzgar.» (Diario de Macaulay.)

moda, probablemente los libros serían mejores, y á no dudarlo serían más cortos. Tan pronto como tenía en su cabeza todos los datos relativos á un episodio particular en su *Historia* (tal, por ejemplo, como la expedición de Argyll á Escocia, ó la acusación de sir Juan Fenwick, ó el llamado cercenamiento de la moneda), se sentaba ante su pupitre, escribía de la totalidad del asunto á paso temerario, trazando los contornos bajo el impulso genial y atrevido de la primer concepción, afirmando con blanco y negro cada idea y epíteto y giro de frase, como si fluyese derecha desde su bullicioso cerebro á sus dedos rápidos. Su manuscrito, en este estado, á los ojos de cualquiera otro que no fuese él mismo, aparecía estar formado por columnas tras columnas de rasgos y floreos en que una línea recta, con una letra medio formada en cada extremo y otra en el medio, hacía las veces de una palabra. De en medio de este caos de semejantes jeroglíficos fué de donde lady Trevelyan, después de la muerte de su hermano, descifraba aquella relación de los últimos días de Guillermo, que definitivamente cerró su *Historia* (1).

Tan pronto como Macaulay había terminado su toco plan, comenzaba á rellenar á razón de seis caras de papel cada mañana, escribiendo tan tirado y con tal número de correcciones (2), que las seis páginas,

(1) Lord Carlisle refiere cómo á Mr. Prescott, su hermano en trabajos históricos, le interesó mucho la vista de estos pliegos de manuscritos «en que las palabras están muy abreviadas, como «cas» por «castillo».

(2) Mr. Woodrow, en el prefacio de su colección de minutas sobre la educación en la India, dice: «Apenas se hallan cinco líneas consecutivas en cualquiera de las minutas de Macaulay que no estén marcadas con borrones ó correcciones.» El mismo dice en una minuta fechada el 3 de Noviembre de 1835:

por ejemplo, hacían dos de impresión. A esta porción la llamaba él su «tarea», y no estaba nunca completamente á gusto, á menos de no haberla terminado en el día. Rara vez procuraba hacer más, porque había aprendido por su larga experiencia que así era como él podía hacerlo mejor, y por esto nunca quería hacer mucho en poco tiempo. «No tengo la cabeza para escribir—decía en su Diario del 6 de Marzo de 1851.— Soy demasiado indulgente conmigo mismo en esta materia, y sin embargo, atribuyo gran parte del éxito que he alcanzado á mi costumbre de escribir únicamente cuando estoy de humor para ello, y á dejarlo tan pronto como los pensamientos y las palabras dejan de correr con facilidad. Por esto hay tan pocas heces en mi vino, y contiene toda la crema de la botella (1).»

«Después de emborronar una gran cantidad de papel, no puedo recomendar otra cosa que una referencia al gobernador general en consejo. Mi copista fué incapaz en un momento de sacar nada en concreto de sus escritos por la multiplicidad de correcciones y borrones que hay en cada página. Estas correcciones son ahora de mucho valor. Cuando el primer maestro de la lengua inglesa corrige sus propias composiciones, que parecían perfectas antes de ellas, la corrección debe fundarse sobre las más altas reglas del criticismo.»

(1) En las cosas pequeñas, lo mismo que en las grandes, Macaulay decía que cuando estaba trabajando hacía del trabajo aquella parte que salía bien hecha. Había prometido componer un epitafio para su tío Mr. Babington, y á propósito de esto escribía en Junio de 1851: «Mi dilación no nace de alguna falta de respeto ó ternura por la memoria de mi tío. Le amo y honro con la mayor sinceridad. Pero la verdad es que no he sido capaz de satisfacerme á mí mismo. Las gentes que no están acostumbradas á este género de ejercicios literarios imaginan con frecuencia que un hombre puede hacer este trabajo como se hace el mismo en una regla de tres, ó como se va á una invitación á comer. Pero estas composiciones cortas, en que cada palabra debe decir mucho, y en que debe haber á la

Macaulay jamás admitió un párrafo en su trabajo hasta que estaba tan bien terminado como él podía hacerlo. No le importaba volver á modelar un capítulo con el fin de obtener una disposición más feliz y no le preocupaba reconstruir un párrafo con objeto de conseguir un efecto feliz ó una aclaración adecuada. Sea cualquiera el valor de su trabajo, fué siempre un trabajo de amor.

Antonio Stradivarius tenía un ojo,
Que odiaba al trabajo falso y amaba al verdadero.

Leonardo de Vinci paseaba todo lo largo de Milán para meditar si podía alterar algún color en su cuadro de *La Ultima cena*. Napoleón dejaba las listas de su ejército debajo de su almohada, por la noche, para tenerlas á mano en caso de estar desvelado, y se ponía problemas en la ópera mientras tocaban la overture. «Tengo diez mil hombres en Estrasburgo, quince mil en Magdeburgo, veinte mil en Wurtzburgo. ¿Por qué etapas deben caminar para llegar á Ratisbona á los tres días?» Lo que los violines eran para Stradivarius, y un fresco para Vinci, y los soldados para Napoleón, esto era su Historia para Macaulay. Sin embargo, no se notaba en su conversación lo mucho que

vez alguna idea y mucha sensibilidad, no son para ser producidos por mero trabajo mecánico; necesitan más que ningún otro trabajo el concurso de la suerte y de la destreza. Es natural que los que no han considerado la materia puedan pensar que un hombre que ha escrito diez ó doce páginas en un día debe ciertamente ser capaz de escribir cinco líneas nada menos que en un año. Pero esto no es así: si se piensa sobre los epitafios realmente buenos que uno ha leído, y considera en qué pequeña proporción están con el número inmenso de ellos que han sido escritos por hombres expertos, se reconocerá que estoy en lo justo.

preocupaba su pensamiento, porque él, invariable y felizmente, resistía cualquier inclinación á la más sutil forma del egoísmo y pedantería, que con tanta frecuencia hacen del periodo de la creación literaria una larga penitencia para todos los miembros de la familia del autor. Aparentemente, lo que menos ocupaba su inteligencia era su libro, y, sin embargo, rara vez dejaba él pasar un día, ó volvía sobre un volumen sin aclarar alguna idea que pudiese ser aprovechada en su objeto. En Mayo de 1851 escribía: «Voy á la Exposición, y haraganeo por allí durante algunas horas. Nunca he visto un sitio que pueda excitar en todas las edades, clases y naciones tan unánime y genuina admiración como éste. Yo siento una corriente de elocuencia, ó alguna cosa semejante á ella, que viene á mí por la sola influencia del lugar, y se me ocurren algunos toques que pueden perfeccionar mucho mi obra.» Es curioso hallar las fuentes de donde derivó aquel fuego que chispea á través de cada una de las líneas de aquella narración tersa y animada, que ha preservado de un olvido inmerecido la historia de una derrota más gloriosa para los ejércitos británicos que no pocas de nuestras victorias.

Macaulay merecía el cumplimento que Cecil otorgaba á sir Walter Raleigh como la suprema alabanza. «Conozco que él puede trabajar terriblemente.» Un ejemplo puede servir, entre muchos, para atestiguar los trabajos con que voluntariamente se regalaba acerca de cada sección de la Historia:

«*Marzo 21.*—Mañana debo comenzar un asunto difícil y lleno de trabajo, Glencoe.

«*Marzo 23.*—Veo algunos libros acerca de Glencoe. Voy luego al Ateneo y examino las actas escocesas acerca del mismo asunto. Doy un buen paseo, medi-

tando sobre este asunto, y veo mi plan general de él. A casa, y escribo un poco, pero pienso y preparo más.

«*Marzo 25.*—Escribo un poco. Viene Mr. Lovell Resve, editor de la *Gaceta Literaria*, y me ofrece defenderme de Penn. Le hago algunas notas acerca de esto. Después á Glencoe de nuevo, y trabajo todo el día con energía, placer y creo que con éxito.

«*Marzo 26.*—Escribo mucho. Rara vez he trabajado mejor que en estos tres días.

«*Marzo 27.*—Después de almorzar escribo un poco, y luego paseo, con un tiempo de Abril, hasta Westbourne Terrace, donde veo á mis queridas sobrinitas (1). A casa y escribo más. Estoy firmemente persuadido de que esta es la Historia más horrible; es aún peor de lo que yo creía. El Sr. de Stair era un verdadero Yago.

«*Marzo 28.*—Voy al Museo y hago algunos extractos á propósito de Glencoe.

El 29, 30 y 31 de Marzo, y los días 1.º y 2 de Abril no hay nada en el Diario que se refiera á la Historia, excepto la entrada diaria «escribo».

«*Abril 3.*—Escribo. Este asunto de Glencoe es informal.

«*Abril 4.*—Escribo; paseo un poco por los alrededores del puente de Londres y vuelvo á escribir. Hoy he concluido la gran matanza. Creo que este episodio sea interesante.

«*Abril 6.*—Escribo con buenos ánimos.

«*Abril 7.*—Escribo y corrijo. La relación de la matanza creo yo que queda ya concluida definitivamente.

«*Abril 8.*—Voy al Museo y vuelvo á ver la *Gaceta*

(1) En el verano de 1849 mi padre cambió de casa, desde Clapham Common al 20 de Wetbourne Terrace.

de París y los despachos holandeses de 1692. Me entero de los muchos errores de la *Gaceta* francesa y del profundo silencio de los ministros holandeses sobre el asunto de Glencoe. A casa y á escribir.

Abril 9.—Un día lluvioso y desagradable. Leo una *Vida de Romney*, que tomé ayer sin abrir, en Chancery Lane, en cuarto. ¡Que hayan podido ser publicados tomos en cuarto acerca de la vida de un hombre que no merece un duodécimo! A trabajar con ardor, escribiendo de nuevo á Glencoe.

Abril 10.—Concluyo *Don Carlos*. Me he entretenido mucho acerca de él; veinte páginas cada día en la cama, mientras espero los periódicos, pueden servir para mantener mi alemán. Es un bello paquete, á pesar de todas sus faltas. Lo malo y lo bueno del genio de Schiller lucha en él; como lo bueno y lo malo del genio de Shakespeare, para comparar grandes cosas pequeñas, lucha en *Romeo y Julieta*. *Carlos* está hecho, mitad por el autor de *Los Bandidos* y mitad por el autor de *Wallenstein*; como *Romeo y Julieta*, está la mitad por el autor de *Trabajos del amor perdido* y mitad por el autor de *Otelo*. Después de *Romeo y Julieta*, Shakespeare jamás retrocedió, como Schiller después de *Don Carlos*. Escribo toda la mañana, y luego me marchó á Westbourne Terrace. Charlo, juego al ajedrez y como allí.

Abril 11.—Escribo toda la mañana. Viene á comer Ellis y le leo *Glencoe*. Pareció que no le agradaba mucho, lo que me molestó algo, aunque yo no soy juez para ello. Es bueno encontrar sinceridad.»

Debe tener una cabeza muy firme y no muy exagerada estima de sí mismo, aquel autor que estando todavía muy reciente uno de sus éxitos literarios, que probablemente jamás ha sido igualado, y ciertamente

nunca superado—en un tiempo en que los editores se disputaban con ferviente anhelo todo lo que les daba—gastaba diez y nueve días de trabajo en treinta páginas en octavo, y concluía por reconocer humildemente que el resultado no era por completo de su gusto.

Cuando, al fin, después de repetidas revisiones, Macaulay quedó satisfecho de que su escrito era tan bueno como él podía hacerlo, quiso someterlo á la más severa de todas las pruebas, que es la lectura en alta voz á los demás. A pesar de que él jamás se aventuraba á hacer este experimento en presencia de nadie que no fuese de su propia familia y su amigo Mr. Ellis, puede creerse bien que, aun dentro de este círculo restringido, no hallaba dificultad en encontrar oyentes. «He leído—decía en 1849—una parte de mi *Historia* á Ana y Trevelyan con gran efecto. Ana gritaba y Trevelyan estaba alerta. Creo que me ha salido tan bien como algunas partes del primer volumen, y lo mismo piensa Ellis.»

Siempre que uno de sus libros pasaba á la imprenta, Macaulay extendía su infatigable actividad y precisión escrupulosa á las más menudas é ingratas faenas de la profesión literaria. No terminaban allí los cuidados que él consagraba á asuntos que el mayor número de los autores dejan con gran gusto al cuidado y experiencia del editor. No paraba hasta que las líneas estaban perfectamente á la misma anchura, y la puntuación correcta hasta en las comas; hasta que cada párrafo terminaba con un período y éste fluía como el agua corriente (1). Me acuerdo del placer con que

(1) Macaulay escribió á Mr. Longman, á propósito de la edición de 1858: «No tengo más correcciones que hacer al presente. Me inclino á creer que el libro está tan próximo á la per-